

Domingo de la II semana de cuaresma // Mt 17,1-9

“Pedro, Santiago y su hermano Juan, alzaron los ojos y ya no vieron a nadie más que a Jesús solo” (Mt 17,8).

Estos tres discípulos de Jesús suben al monte Tabor, ahí experimentan el encuentro íntimo, escuchan la Palabra del Padre y se sienten envueltos por el Espíritu Santo. Cada vez que nosotros hacemos oración, participamos de la transfiguración de Jesús y vivimos el misterio de la Trinidad.

Al sumergirnos en la oración, quedamos transformados y comenzamos a: ver a Jesús en cada persona que nos rodea; realizar todo por Él y con Él; adorar y alabar a Dios por las maravillas de la creación; a esperar la transformación del mundo, pues para Dios no hay nada imposible y confiamos en su misericordia.



Ver a Jesús en nuestra vida es: tenerlo presente en todo momento, recordar su Palabra en forma continua, tomar sus criterios de Verdad a la hora de actuar, movernos sabiéndonos amados y poder amar a los hermanos en nombre de Cristo.

La oración personal y silenciosa, nos transforma y nos lanza al servicio lleno de caridad hacia a los demás.

“Tú que afianzas los montes con tu fuerza, ceñido de poder” (Sal 64,7).

Jesús haz que me pueda sumergir en tu intimidad, para que viva en tu paz y todo lo

haga en tu Nombre.

¡Jesús, transfigura mi corazón! ¿Tengo la determinación de vivir tiempos de intimidad con Jesús?

En unión de oraciones

Hno. Javier Lázaro sc